www.hipocritalector.com

Memorias de Calibán

La Canalla LITERARIA

Suplemento de letras y fideos No. 3

ARIEL, CALIBÁN Y LA UTOPÍA

Para Ariel y Amanda y lo que venga

Inventa mundo nuevos y cuida tu palabra.
V. Huidobro.

ALDO BÁEZ*

América, desde su aparición, ha sido motivo de los visionarios, que imaginaron en ella la posible creación de un mundo ideal. Desde la *Utopía*, de Moro, la *Heliópolis* de Campanella o el *Novum organum* de Bacon, la idealización planteó un itinerario creando así Eldorado, El nuevo Edén, Jauja o La tierra de la promisión o, más aun concretando verdaderas obras sobre ideales sociales y poco utópicas como en Michoacán con Vasco de Quiroga o las reducciones jesuitas en el Paraguay; "o si bien Bolívar no escribió una utopía al estilo de Moro, laboró incansablemente en una utopía mucho más maravillosa y deseable: la unidad de nuestra América", afirmaría el maestro Horacio Cerutti, señuelo y guía de las utopías americanas, donde desde el siglo XIX se remarca su contenido político y su ubicación como una propuesta real.

Roa Bastos sabía que las utopías formaban inevitablemente parte de la condición humana, de su universo mental y espiritual en busca de sus obsesiones centrales, por lo que resulta algo indisoluble de la realidad americana. Silva Herzog, por su parte, expresaba que "puede en el futuro dejar de serlo, consiste en construir una sociedad nueva con individuos distintos a los de ayer y hoy en cuanto su personalidad interna". Es en este sentido como pensaban Rodó o Vasconcelos.

La utopía en América siempre busca un rasgo básico en el continente: la afirmación del hombre en busca de la universalidad de nuestras expresiones, cifrada casi siempre en condiciones reales de la sociedad.

Shakespeare nos ha dado muchos símbolos para interpretar nuestra realidad. La usurpación del poder en Macbeth: nuestros tiranos, Hamlet que se cuestiona el ser o no ser o nuestro mestizaje; aunque en *La tempestad*, última comedia donde el genio de Avon, al igual que Montaigne en su ensayo sobre el caníbal, de oídas construyeron imágenes que, más allá de certezas, se convirtieron en un signo por donde un día caminaría la reflexión latinoamericana. El caníbal y el colonizador; el salvaje, que no encuentra en ningún espejo su imagen, o el colonizador: que antes que Próspero, es una rémora, entre algo que fue y nunca pudo afirmar. La historia continental es esperanza, sueños, mitos, querellas, donde todo está en el futuro, nunca *hic et nunc*, dos aspiraciones, y ninguna realidad.

Dos personajes nos han obsequiado nuestras letras pensantes, parafraseando, *Nuestra América*, Ariel y Calibán, como dos símbolos que representan la posibilidad de crear una verdadera conciencia americana, como respuesta, por ejemplo, del supuesto "bobarysmo" que, Alfonso Caso descubre en la aparición del ser. Los símbolos de Rodó y Fernández Retamar son un par de portentos idealistas no sólo de América sino del pensamiento universal.

Ambos perciben a Estados Unidos como el enemigo a vencer, el colonizador que ama denunciar siempre, piensa Rodó que, Ariel es "la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad [...] será la encargada de crear una generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual, desde la insipiencia que tenemos ahora, a la categoría de un verdadero interés social y una cumbre que de veras domine", sin el americanismo pragmático y utilitario; por su parte, Calibán, que más que contraponerse a Ariel lo completa y rebasa. Es decir, en Calibán no sólo existe el desconocimiento tácito de Próspero que en Ariel no se da, sino que le propone a Ariel unirse "en su lucha por la verdadera libertad", libertad, que Fernández Retamar, enuncia con la dignidad que sostiene a los hombres de la Isla.

Roberto Fernández Retamar

Los dos planteamientos si bien separados ideológicamente, Rodó proviene de la vena positiva y romántica del siglo XIX, mientras Fernández Retamar del marxismo y de Gramsci, confluyen dando vida al realismo mágico, que la Revolución cubana fortalece y los separa. No obstante, la unidad de ambas obras recae en la propuesta de crear una nueva visión y concepción de América, donde en ninguno de los dos casos se plantea más frontera que las mismas que imponga el colonizador, ya sea cultural o política.

A diferencia de ambos, aparece *La raza cósmica* de Vasconcelos, donde se propone no sólo una conformación latinoamericana intelectual, sino que agrega el elemento étnico y mítico, pues la propia evolución de las cuatro razas anteriores "han puesto las bases materiales y morales para la unión de todos los hombres en una quinta raza universal, fruto de las anteriores y superación de todo el pasado".

En cambio, a semejanza de las anteriores, el anglosajón es el enemigo. Un rasgo común entre Vasconcelos y Rodó y que, por cierto, en Calibán es manifiesto, es la tradición española que se advierte, el modelo y la sangre española perviven, pero esto no es de su exclusividad pues durante todo el siglo XIX y aun parte del actual, no se ha roto ese paradigma, el problema radica en como asimilarlo, si como un acto de dependencia o como un rasgo de igualdad, me explico, Reyes planteaba que América no es menos que Europa, es igual, tenemos que aceptar el diálogo sólo en condiciones de igualdad, es decir, internacionalistas: "Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación e igualdad [...] reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituareis a contar con nosotros".

Hace años, platicando con Roberto Fernández sobre su monumental *Calibán* y la poesía, le comenté que ensayar no me parecía una simple revisión de la situación política o intelectual sino una postura casi poética, que se convertiría en una clara articulación entre la historia y la poesía, entre la creación y la búsqueda de una forma de vivir. Y que ambos sabíamos que no existía poesía sin retórica, pero no ignoraba al presentarse ante la realidad social y política, el mismo sentido de la palabra nos conduce de manera natural hacia la ella, y, además, hacia una toma de posición ante el mundo, ante la vida. La poesía a la vez es pura e interesada; la vida a la vez convencional y sincera. Toda poesía que de veras lo sea será vital; toda vida auténtica es poética mientras no incurra en alguna condición artificial de la vida artística. Nunca me dijo nada, y esa tarde nos encaminamos a lo que sería la última taza de café.

La utopía en América siempre busca un rasgo básico en el continente.

*Aldo Báez
Poeta, reseñista y ensayista de la Ciudad de México. Estudioso de las letras y artes.

UNA PREGUNTA SOBRE CALIBÁN

JOSÉ LUIS DÁVILA*

...¿qué otra cosa puede hacer Calibán sino utilizar ese mismo idioma para maldecir, para desearque caiga sobre su amo la «roja plaga»?

Me hubiera gustado empezar este texto con una pregunta porque, me parece, todo aquello que aspira a ser crítico nace en el cuestionamiento. Sin embargo, pronto me di cuenta de que, como los típicos asistentes a cualquier conferencia o presentación de un libro, más que una pregunta lo que yo tenía era un comentario. Afortunadamente, debido a cierto atisbo de dignidad, me abstuve de continuar con mi idea inicial.

Qué pereza me hubiera dado, y hubiera dado a los otros, abordar un tema desde el falso estatuto del que sabe que sabe y se pregunta a sí mismo, sin retórica, pero con artificialidad, eso que ya sabe nada más para ufanarse de una respuesta preparada, construida para demostrar que conoce algo. Muchos textos existen en ese tenor, tantos que temo haber sido parte de ello alguna vez, por lo que si alguien tiene a bien decirme cuándo caí en ello, lo agradeceré, pues reconocer lo que uno ha sido permite decidir si quiere volver a serlo o prefiere dejarlo de lado, como mejor le acomode, pero de manera consciente.

Sin embargo, qué difícil es eso último. La consciencia no es algo que se cultive en estos días, y aunque suelo voltear para todos lados con la esperanza de encontrar a alguien que la practique (tal vez no siempre pero sí de forma regular), parece ser un artículo en desuso y desahucio. He llegado a pensar que fue sustituida por una especie de hiper-identidad: emparejamos los rasgos de lo que somos a lo prefabricado para poder encajar, en vez de ubicar nuestros rasgos desarrollados en un nicho al cual pertenecer; debido a eso, vamos transitando de esquema en esquema de rasgos para no dejar de estar en sintonía con aquello que se antoja nuevo y fresco. Para poder hacer dicha migración sistemática entre conjuntos de rasgos, la conciencia es uno de esos equipajes que se prefiere no cargar, pues añadiría el peso del cuestionamiento sobre quién se es y los actos que se cometen.

Llegado a este punto me pregunté por qué será que hemos permitido a la actualidad eclipsar algo tan humano como la conciencia. La velocidad con la que se producen cambios en el mundo, el distanciamiento causado por elementos tecnológicos, la neurosis colectivizada debido a la facilidad con la que se produce información –tanto verídica como falsa–, la fanatización indómita de generaciones y generaciones dependientes del entretenimiento, cualquiera que sea la razón que se quiera dar, no debería ser suficiente para aceptar con conformidad que pueda haberse alejado a la conciencia de las personas. Entonces obtuve una pregunta de verdad, una pregunta que no me había hecho, que viene de fuera y me mete en problemas, como cualquier buena pregunta debe hacer.

En este texto quería hablar sobre Roberto Fernández Retamar, sobre su Calibán, abriendo con la pregunta más básica posible: ¿por qué sigue siendo vigente su ensayo?, pero responder a ella sería perpetuar las clásicas formas de elaborar textos en homenaje que de nada sirven excepto para llenar páginas de publicaciones y que el autor pueda afirmar algún día "yo escribí respecto a tal o cual escritor", como si fuera un gran mérito que le debieran aplaudir.

Al contrario, ahora que me he sentado a rumiar el tema, me doy cuenta que la pregunta real para esta época la hizo el mismo Fernández Retamar en 1971: ¿qué otra cosa puede hacer Calibán sino utilizar ese mismo idioma para maldecir, para desear que caiga sobre su amo la «roja plaga»?, se pregunta el cubano tras explicar que el símbolo del latinoamericano es aquél al que

la literatura shakespeariana ha puesto como un salvaje pero que se rebela en su inconciencia, al que Ernest Renan tomó como ejemplo de los pueblos que buscan su independencia aun sin estar preparados para ella, y al que Rodó ató al materialismo y la indeterminación cultural. Ninguna de esas opciones, dice Fernández Retamar, porque Calibán lo que hace no es ser un inconsciente, ni le falta preparación y mucho menos es parte ciega de un sistema, sino que usa lo que ha aprendido en cautiverio para romper sus ataduras, le hace el vacío al juego del amo para llegar a su objetivo, pues "Calibán es el rudo e inconquistable dueño de la isla".

Y, entonces, si esa es la pregunta, ¿cuál es la respuesta? La actualidad ha hecho posible encontrarla: Calibán ha sido tentado, desviado de su objetivo, y ha querido ser lo que es el amo en lugar de maldecirlo, usando el idioma que le han impuesto no para explorar su conciencia y oponerse a lo que le daña, sino para copiar y convertirse en el opresor. Por ello cada identidad formada en nuestros días apunta a tener, no a ser: así, la comparación es la raíz del conflicto, y la segregación por cualquier índole es pan diario, desde un gusto simple por un tipo de clima hasta la simpatía por un político. De tal modo, la plaga roja no ha caído sobre Próspero, el amo de Calibán, sino sobre sí mismo, y Calibán ya no es dueño de la isla sino un arrendatario más que gustoso paga, mes con mes, la suscripción a *Netflix* para sentir que lo ve todo, aunque nada vea.

Quizá, algún día, volvamos a ser el Calibán que veía Fernández Retamar, pues es la mejor versión de Calibán que se ha dilucidado, la más alentadora para nuestros pueblos; pero, por el momento, la respuesta a la que he llegado me hace pensar que no conozco otra metáfora más acertada de nuestra situación cultural, de nuestra realidad, en la actualidad.

*José Luis Dávila
Escritor, curador de arte y ensayista poblano. Estudió letras en la BUAP.

Palinodia de Próspero

ALEJANDRO REYES*

Me invitaron a pensar y repensar sobre el *Calibán* de Fernández Retamar, y sin agradarme del todo la obra del poeta cubano, me parece que su ensayo escrito hace 50 años, es de una actualidad que espanta y que muchos intelectuales vieron como respuesta al *Ariel* de Rodó, parece que no entendieron gran cosa.

En plena ebullición de esta segunda década del milenio, y ante la enorme erosión que los medios electrónicos han ocasionado, en la ya deteriorada capacidad intelectual de los moradores del continente que algún día, Bolívar quiso imaginar como algo que era posible, pero que nunca imaginó la fiereza que poseían muchos por defender la esclavitud y el analfabetismo (que incluye al universitario) como una respuesta ante lo que era simplemente un sueño.

En el imaginario del poeta isabelino, y pienso que, en toda Europa, América emergió como una ilusión. Iba a escribir que, en aquellos tiempos en realidad no la conocían, pero ahora es peor, pues si el poeta de Avon, al parecer leyó al maestre Montaigne, en la actualidad oyen solamente a los aspirantes (estudiantes y otras especies) del sur reproducir, algo que no existe: Latinoamérica.

Alguien dijo algún día que los universitarios y escritores que ponían sus sueños fuera de su país o en Europa, eran peores que los más terribles tiranos, no solamente porque son incapaces de entender lo que acontecía en su tierra, sino que vivían felices tratando de entender algo que estaba lejano de ellos, además de ese absurdo que se llama, patria, era evidente la incapacidad de comprender al mundo además que nunca sabrán lo que son la prudencia y la elección.

No eligen porque optar por algo es a partir de lo que hay, no de lo que está fuera, es decir, si hay problemas, la elección es participar o no, quedarse o marcharse, o ser de izquierda o derecha, no marcharse, ser Calibán o Ariel, nunca Próspero, pero no marcharse. No son prudentes porque la prudencia es el ama de llaves del alma y no la tienen, no son prudentes, no porque no quieran o puedan, simplemente porque no saben qué es eso. No son prudentes porque no han leído ni leerán a Rodó y a Martí o Fernández Retamar, ni los conocen. En el mejor de los casos elegirán entre IPhone y Android.

Los escritores que tampoco han leído a Rodó, pero se creen la representación de Ariel, y desprecian a Calibán, cuando en realidad solo reproducen la brutal ignorancia (que no se abole leyendo o escribiendo) del amo, en que esté como esté la situación, simplemente no debe cambiar. Gatopardismo inverso. El privilegio

que otorgan los pueblos iletrados, como el nuestro, a los que apenas logran balbucear un título (de libro o universitario), es lo mismo.

La defensa de Próspero, aun sin conocerlo es un misterio. Defienden al colonizador. Defienden al explotador ven en el norte su futuro y comprenden la desgracia de no haber nacido allá. Defienden su propio miedo de no poseer la capacidad de pensar por sí mismos, prefieren la condición de esclavo ante la dificultad de saber lo que es ser libre, prefieren la oportunidad de continuar en la oscuridad de la caverna que aventurarse ante un mundo que le exija algo que no les fue otorgado por natura: el don de crear y creer. Viven la dialéctica del amo y el esclavo (no conocen a Hegel ni a Kojève), pero se creen que juegan el papel del amo, y que, en cierta manera, porque perciben atisbos de malestar, saben que los esclavos están tristes, que algo pasa, que son irrespetuosos por falta de educación (la educación la ven como la instancia que perpetúa la situación de privilegios que viven). En realidad, ellos están tristes, pero tampoco se dan cuenta.

Iba a decir que tal vez no habían comprendido *La tempestad*, (última obra de Shakespeare), pero recordé que ahora solo se acercan a las obras clásicas a través del cine y las plataformas o de algunas (muy malas, por cierto, adaptaciones teatrales), pero qué se hace, si "aquí nos tocó vivir". Iba a decir también que la construcción de nuestra identidad podría parafrasearse entre Calibán y Ariel, pero en realidad, solo tenemos a fifís y chairos, que han destrozado no solo la dualidad, si quieren maniquea de la vida entre ricos y pobres, sino que han convertido el escenario en una rivalidad, odio y agresiones, entre los privilegios y las desventuras, entre la ignorancia y la estupidez, pero en todo caso entre hombres contra hombres, carentes unos de lo indispensable de la vida, otros de lo amable de ella. (Sé de antemano que se preguntarán quiénes son unos y quiénes otros), pero eso no importa. Lo triste es lo que pasa, y más triste aun que vuelve como eco aquella enunciación de "Algo pasa, pero nadie sabe qué es…"

En fin, Próspero está vigente y no lo sabemos, Calibán domina y algunos lo adoptamos, Ariel aguarda su momento, la realidad es que el imaginario que debemos construir no es tarea de uno ni de muchos, ni de los cultos, ni de los ignorantes, es de todos, porque de esta tempestad, o todos la libramos o nos convertimos en algún documental (de esos que ahora los fascina) de *Netflix*.

Volvamos a Rodó o leamos a Fernández Retamar, podría ser una elección, regresemos a Shakespeare, podría ser una utopía o contra utopía, no sé. Volvamos a los libros, podría ser un ruego. Seamos prudentes. Somos diferentes, aprendamos a serlo.

*Alejandro Reyes
Nacido en la ciudad de México, maestro de la Universidad Autónoma de Ciudad de México. Ensayista y editor

Experiencia o trauma latinoamericana, martinianamente 2.0

LUIS MANUEL PIMENTEL*

Roberto Fernández Retamar con su reflexión sobre *Calibán* abre una puerta en la escena cultural latinoamericana, vista como herencia, cosmogonía ancestral, y esta misma herencia se multiplica en lo que somos ahora, una actualidad cambiante, que se ha dinamizado con la presencia de la tecnología y ha generado nuevas formas de leer nuestros espacios culturales como signos dinámicos, a pesar de la confrontación entre un discurso político social renovado y los otros que hacen políticas clásicas como si viviéramos en la era de los dinosaurios.

El enfrentamiento de dos ejes ideológicos como lo entendemos en la representación entre Calibán y Próspero, son símbolos que se multiplican y encuentran una o muchas voces, de ciertas particularidades en la idea del ser salvaje y en el ser civilizado. Las pugnas y la tensiones que se han generado en la historia, desde la conceptualización del personaje de Shakespeare y las interacciones simbólicas culturales nos muestran panoramas diversos, sobre todo, buscando crear un mapa de lo que fuimos, de lo que somos y de los que seremos, visto como si estuviéramos en una sala de terapia intensiva si no se asume una conducta de superación, como lo postuló Sarmiento, al vender como la gran idea civilizatoria la norteamericanización de los pueblos latinoamericanos como vías del desarrollo político y cultural. En contraposición a esta desviación social, está José Martí, con una mirada más real sobre lo que hemos sido como cultura y lo que nos han querido silenciar, y este Martí, hombre promotor de nuestra identidad cultural, que hasta el momento era silenciada y opacada por los otros, supo que la verdadera historia estaría en mirarnos a nosotros mismos.

La naturaleza de las ideologías nos lleva a la dicotomía entre lo bueno, lo malo, lo primitivo, lo civilizado, el cielo, el infierno, el blanco, el negro, como signos que se contraponen y el hombre, con su afán de imponer posturas particulares, logra crear tensiones políticas en estos planos. En este caso, aparece la idea del mestizaje como una fuente energética donde todo cabe y donde todo parece ser posible, desde la conformación biológica hasta las raíces culturales, que se presentan en patrones descriptivos sobre lo que hemos sido y lo que somos, para mal o para bien, como lo hizo Cristóbal Colón desde su *Diario de Navegación,* pasando por el *Ariel* de Rodó hasta nuestros días.

La naturaleza de las ideologías nos lleva a la dicotomía entre los bueno, lo malo, lo primitivo, lo civilizado...

Siguiendo las rutas que nos abrió Retamar, podemos enfocarnos en estas ideas que siguen vigentes, solo que con otras perspectivas conceptuales: civilización y barbarie, realistas y patriotas, americanos y anti-americanos, opresores y oprimidos, caníbales y prósperos, explotadores y explotados, este ha sido el guion occidental que nos han vendido y que sirvió para cambiar la cultura, a sabiendas que las realidades varían en cada uno de las historias locales y particulares del ser comunitario latinoamericano.

¿Y en la actualidad cómo podemos mirarnos?
Los actuales proyectos políticos tienden a generar un patrón socialista y populista en los países latinoamericanos, por lo menos el que me tocó ver en Venezuela, que ha ido en franco fracaso. Claro está que para la mirada del que tiene el poder, lo han logrado y gozan de la confianza de que seguirán mandando. Pero un verdadero proyecto político en vez de dividir sería sumar, y así como hicieron los colonizadores con su trabajo ideológico, se repite el mismo patrón solo que ahora apuntan a modelos de procesos revolucionarios; procesos que se crean en la enajenación política de las voluntades del pueblo y esto es, de raíz, seguir con lo mismo.

Pienso en la imposibilidad de una cultura socialista pura en América Latina, porque los mismos dirigentes de la misma izquierda al llegar al poder se han encargado de acabar con estos principios, empezando por los altos niveles de corrupción. Habrá que buscar una balanza que pese en iguales proporciones ya sean de izquierda o de derecha, que no permiten un avance a lo que llamaron "el mundo libre"; aunque se jacten en su *leitmotiv* que nos liberan de los opresores. Cuando en realidad lo que han hecho es velar por sus propios espacios de interés, los de la izquierda promueven una participación del pueblo, los de la derecha una apertura al mundo capitalista, sin embargo, todo queda allí en un proyecto que ni unos lo aceptan y que los otros imponen, pero no piensan en una educación de excelencia, que nos enseñe a mirar más allá de los procesos ideologizantes, y estar atentos del presente con la que se pueda generar un proceso social de reconocimiento del otro, si a fin de cuentas venimos de una misma fuente cultural.

En países como Venezuela el proyecto del socialismo del siglo XXI ha ido en detrimento, más allá de la culpabilidad de las sanciones económicas impuestas por otros países, del autoexilio de millones de venezolanos, del mismo fracaso repetido de la oposición; pues el mismo grupo político que tiene el mando ha hecho que el deterioro institucional, de salud, educativo, sea haya desvanecido a tal punto como nunca antes en la historia de nuestro país, y sean ellos mismo quienes manejen a su antojo los recursos económicos. Detrás de eso hay un aparato importante de representantes sociales, que han jugado a la manipulación y el pueblo sigue cayendo.

En este sentido, estamos siendo devorados por nuestros mismos caníbales políticos que en algún momento nos vendieron la idea de resistencia. Pienso que a José Martí le hubiese gustado ver el avance social tan importante en la historia de Venezuela, pero los mismos representantes, quienes tuvieron el poder en sus manos para cambiar el rumbo de nuestros destinos oprimidos, sucumbieron a parecidas estrategias de los civilizados, con la intención en la venta de una falsa utopía.

*Luis Manuel Pimentel
Poeta y narrador venezolano, quien gusta de las representaciones artísticas y lingüísticas. Editor de la revista *Signo invisible.*

Pienso en la imposibilidad de una cultura socialista pura en América Latina ...

VOLVER a Calibán

MARCO ANTONIO CERDIO ROUSSELL*

Vuelvo al ensayo de Fernández Retamar después de años de su última lectura. De nuevo, la lectura de una obra no es el confrontar un texto aislado. En el mejor de los casos es un abanico de posibilidades que conviven en dicha lectura.

Por un lado, *Calibán* se asume como un punto más en una vieja discusión, una que va a constituir una particular tradición ensayística. Esta ensayística comienza con el *Ariel* de Rodó, un poco en consonancia con las preocupaciones de poetas modernistas como Darío; continúa con el trabajo de autores como José Ingenieros e incluso las ensoñaciones más esotéricas que racistas del Vasconcelos de los veinte (*La raza cósmica*) y a su vez con la mirada desmitificadora de Mariátegui y sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

En todas estas obras, el ensayo se convierte en la plataforma, el ágora y la arena donde distintas concepciones buscan clarificar la realidad del subcontinente, sus contradicciones, riesgos y juegos identitarios. A un nivel más cercano a nosotros, fundamenta ese entusiasmo por el ensayo que caracterizará la indagación sobre lo mexicano, desde Samuel Ramos hasta la aportación paciana en *El Laberinto de la Soledad*.

En este sentido, *Calibán* es también una cierta culminación y agotamiento. El texto que ya cumplió cincuenta años marca un punto de relevancia que se va moderando a partir de ese momento. Octavio Paz y Carlos Fuentes tienen ensayos profundamente interesantes y sumamente disfrutables para el lector, pero que ya no están en el centro de la discusión intelectual de la América Hispana. Ni *Tiempo nublado* ni *El espejo enterrado* alcanzan la relevancia que en su momento tuvieron *Ariel* o *Calibán*. En algún momento posterior a la década de los setenta, el ensayo pierde su primacía como espacio privilegiado para iniciar la discusión alrededor de tópicos políticos y culturales, manteniendo, sin embargo, un peso simbólico que persiste hasta la fecha.

Parte de esta relativa pérdida de influencia se explica por la relevancia cada vez mayor de la investigación y difusión universitaria en el marco de la cultura del continente, así como la expansión de los medios masivos en prácticamente todos los países hispanoamericanos. Esta situación tiene un particular resultado paradójico respecto a *Calibán*. El texto que en la década de los setenta encarna la voluntad de parte de la intelectualidad cubana oficial por marcar un giro diferenciador con respecto a la tradición previa enfrentará una profunda crítica por parte de nuevas generaciones cada vez más desencantadas con la gestión de la revolución cubana y su autoritarismo. Pese a lo anterior, la obra de Fernández Retamar será acogida con cierto entusiasmo por las academias estadounidenses.

Aquí es necesario hacer una pausa. De la propuesta cultural de la Revolución Cubana en un primer momento resalta la labor editorial de *Casa de las Américas*.

El periodista salvadoreño Roque Dalton junto a Roberto Fernández Retamar

Parte de esta labor implicó el establecer el discurso testimonio como una manifestación cultural equiparable a cualquier otra forma narrativa en cuanto a sus alcances. Este proceder encaja perfectamente con la intencionalidad expresada en *Calibán*: la identificación del subordinado como protagonista de la promesa de cambio.

Calibán no es más la encarnación de un materialismo burdo que se opone a un idealismo evanescente, es el descendiente de los verdaderos dueños de la tierra condenado a la esclavitud y a la deshumanización, mismo que tiene en la palabra el medio y la medida para su rebelión y liberación. Así, *Calibán* entra en diálogo con una tradición distinta. En los campus estadounidenses y latinoamericanos, al calor de la revolución nicaragüense comienza a construirse un nuevo camino *radical american* para el texto cubano.

El ensayo entra en diálogo con Fanón y Gramsci. Mariátegui reaparece, pero ahora contextualizado en la búsqueda de un marxismo no eurocéntrico. Es el momento en que la obra de Miguel Barnes, *Biografía de un cimarrón* o *Tejas verdes* del chileno Hernán Valdés reciben la atención de la crítica especializada. Ahora bien: a veces la crisis no es otra cosa que la oportunidad. De entrada, el ascenso y la consolidación del neoliberalismo en Estados Unidos parecería indicar que no es el mejor momento para darle otra vida a un texto de esta naturaleza. En paralelo, algo se mueve fuera de los espacios tradicionales de la intelectualidad latinoamericana en español o portugués.

Edward Said publica en 1978 su obra *Orientalism*. La manera en que expresa su crítica a la construcción y el sostenimiento de mecanismos postcoloniales de representación del subordinado abre la puerta al cuestionamiento de la manera en que hasta ese momento se ha pretendido comunicar la realidad de ese subordinado. De entrada, la relación con *Calibán* no resulta tan directa. En cambio, cuando Gayatri Spivak publica "*¿Puede hablar el subalterno?*" (1985) el golpe a la valoración del discurso testimonio es directo. La necesidad en este tipo de discurso de un "transcriptor", un "intermediario" que le de voz a "quién no puede hablar" parece hecha a la medida de esa sustitución de la voz del subordinado que tajantemente rechaza la autora india. Y, sin embargo, la aparición y conformación de los estudios postcoloniales en el medio académico de Estados Unidos y Europa, marcan un renacimiento del texto de Fernández Retamar, una serie de nuevas lecturas que permiten darle una cierta autonomía al ensayo más allá de la trayectoria un tanto gris de su autor y a las coordenadas previamente establecidas por la tradición netamente hispanoamericana.

En este sentido, *Calibán* se convierte en un nodo de una red más amplia, un texto que, junto a algunos otros de la tradición latinoamericana, se convierte en un mecanismo de desentrañamiento de relaciones discursivas de dominación, una serie de textos en dónde en medio de los procedimientos de enmascaramiento y apropiación del discurso ajeno se busca atender aquello que permanece de éste en la obra. Al día de hoy ni la ingenua aceptación del discurso letrado como la "voz de la sin voz" ni la condena *a priori* de toda obra como falsificación pueden sostenerse. Sólo queda el lento discernimiento de los posibles sentidos de la obra, el seguimiento de los hilos que la misma entreteje con su tradición y las ajenas. Sólo de esta manera, *Calibán* y buena parte de la obra de la inteligencia latinoamericana del siglo XX puede tener vida y futuro para el lector actual.

El texto que ya cumplió cincuenta años marca un punto de relevancia que se va moderando a partir de ese momento...

*Marco Antonio Cerdio Roussell
Escritor. Doctor en Teoría Literaria por la UAM.

Espectros de *Calibán*

MARIO MARTELL CONTRERAS*
@laultima

Calibán irrumpe en los momentos en que es necesario reescribir el mapa de las literaturas trasnacionales. *Calibán* aparece como hija de diversas herencias. A *Calibán* de Roberto Fernández Retamar la atraviesan rostros desfigurados por el materialismo histórico de la época. Corrían ese siglo de revoluciones contra el capital, y las utopías determinaban los proyectos políticos emancipatorios del continente.

Rostros reintegrados al mapa regional latinoamericano gracias a la crítica de José Carlos Mariátegui y de José María Arguedas. La ciudad letrada se traslada por el continente y se replica desde los confines de la Patagonia hasta las orillas del río Bravo. La metáfora de la *Vorágine* se funda en la fuerza de la naturaleza. La actividad de la naturaleza todo lo devora y como todo lo devora entonces nada escapa a su movimiento. Como apunta Carlos Jáuregui en *Canibalia*, el canibalismo es el tropo preferido por la Europa colonialista para imaginarse a la población de América. Es así el canibalismo el filtro construido por los relatos, deseos, fantasías y temores del *Ego conquiro* duselliano en un imperio globalizado. Para Antonio Negri en el mundo globalizado del capital el proletariado se ha diseminado, la política de las diferencias y la comunicación instantánea nos presentan la metáfora de la multitud. Ahí donde había proletarios, campesinos y obreros, hoy existe la masa amorfa de la multitud bajo el orden constituido del imperio.

La invención del *buen salvaje* pertenece al orden de las invenciones creadas para la producción del consenso. Aquel sector dominante procede para imponer en el imaginario esa tajante frontera entre la modernidad occidental y la periferia salvaje, bucólica, barroca, macondiana.

Jean Franco en su ensayo *Una modernidad cruel* nos recuerda una lectura sobre el rostro violento y desfigurado de esta modernidad, al que Franco liga con los genocidios que produjeron la guerra contra el comunismo, la adopción del neoliberalismo como sistema económico y el exterminio feminicida en América Latina.

Las visiones optimistas de la historia oscurecen los límites de la ideología del buen salvaje. Sin esa invención retórica-dominante no se podrían justificar los actos de barbarie de la colonización. Fue la narrativa civilizatoria de occidente la que sostuvo el exterminio de las poblaciones nativas y los bárbaros salvajes, figuras dominadas por el escudo del conquistador que se dispersan en literaturas orales y telúricas, documentos del archivo imperial.

Además, tampoco se podría justificar la dominación del Otro sobre las distintas periferias. El relámpago racionalista dejó una estela de pueblos dominados, así como la autoconciencia de una historia que se piensa a sí mismo en términos hegelianos.

El siglo de las luces fue otro capítulo de la dominación imperial sobre los territorios conquistados. La tierra abundante de América es la condición previa al despegue del capitalismo del siglo XIX. Mientras los pueblos conquistados buscaban su emancipación política de los antiguos centros metropolitanos se vaciaba en el interior del cíclope calibanesco el torbellino del capital. La historia americana del siglo XX parece la inversión de la Conquista. Mientras la revolución industrial ponía las bases para otras formas de colonialismo y expansionismo, los letrados latinoamericanos se reflejaban en los conflictos identitarios para construir una idea de nación.

Todos estos síntomas de un paraíso caníbal imaginado reflejaron los anhelos occidentales de recrear el edén en una América imaginada. Es el edén primigenio de donde la pareja primordial del Génesis fue expulsada.

Más aún, en las ciudades estadounidenses y canadienses irrumpen las poblaciones que sortearon los avatares de la migración. Es una cartografía humeante. La retórica nacionalista y latinoamericanista añoran que esta cartografía sea una sustancia. Sea el retrato de una retórica que establezca fronteras nacionales y culturales.

A esta lógica obedece *Calibán* de Fernández Retamar. Es una lógica reactiva inspirada en las consignas republicanas del siglo XIX, quedaban aún frescos los efectos de la Revolución cubana, en plena guerra fría. El pensamiento de las elites del continente transitaba entre las cordilleras telúricas de la poesía nerudiana y los sueños revolucionarios. Un universalismo emancipatorio en el desfiladero de la guerra fría. Efectos y resultados de esa pendiente por el mundo, hoy son más que conocidos, forman parte de la discusión permanente de este siglo.

El mapa global de *Calibán* pertenece en la crítica literaria a la construcción de un mapa global-local diseñado desde una periferia pensante, en respuesta a un largo proceso de emancipación y de autonomía del campo literario de Hispanoamérica.

Roberto Fernández Retamar nos heredó una hoja de ruta desde la cual encaminar una discusión para emancipar a la literatura latinoamericana y caribeña de los reflejos y los impulsos de las capitales literarias mundiales. Para Fernández Retamar, la literatura latinoamericana se debe pensar en un proceso delirante y carnavalesco para asumir los desafíos de la escritura.

La Habana, 17 de septiembre de 2015 - La ministra de Cultura, Teresa Parodi se reunió con el presidente de La Casa de Las Américas, Roberto Fernández Retamar y la vice presidenta de La Casa de Las Américas en Cuba, María Elena Vinueza.

Fotos: Hector Planes Mesa

Calibán es la figura antípoda de Ulises, pero al mismo tiempo mantiene la misma forma heroica. Tras la máscara del conquistado se concentra una corriente del lenguaje que desemboca en las preocupaciones estéticas de liberar al lenguaje de sus propios elementos constitutivos.

Nos encontramos en un empalme de tiempos. Una de las características del talento barroco por el que Bolívar Echeverría abogaba era el cambio de paradigmas y la invención de una modernidad occidental en el continente. Estos tiempos que se intersectan y se mezclan nos impiden abarcar con el pensamiento una totalidad discursiva o un relato unificante. Nos hallamos frente a temporalidades enrevesadas y frente a lecturas que están en proceso de visibilizar acontecimientos y verdades que se habían dado por descontadas. La construcción de una perspectiva global es el mayor esfuerzo de cualquier lectura en su ejercicio de su nivel crítico.

Por más que la vivencia de Latinoamérica sea una vivencia rica en contradicciones, anclada en un pasado colonial y en las distintas rupturas liberales de las repúblicas decimonónicas, existe también ese clima festivo en la que la razón latinoamericana intenta también trascender las fronteras nacionales.

La heterogeneidad del continente fractura los relatos unitarios de una América global en la que existe un algo común y compartido universalmente. La reducción de lo múltiple a lo uno ha sido la tarea de los discursos críticos emancipatorios de escritores e intelectuales. Fernández Retamar tampoco renunció a esta tarea, que imaginó, era la tarea del intelectual del siglo pasado; unificar concepciones, trascender las diferencias y crear un traje a la medida de la interioridad conflictiva de lo latinoamericano y del caribe frente al centro colonizador.

Como una canción de *Calle 13* que intenta agrupar los centros y las periferias imaginarias del continente ese deseo de un relato unificante para hacer frente a una amenaza exterior ha nutrido el discurso de intelectuales y escritores. El propósito de crear una América en común ha recorrido las expectativas de los poetas del modernismo y de los próceres libertarios. La literatura latinoamericana ha sido el escenario de estos vaivenes. Es en el campo literario en el que se toman forman los anhelos políticos de una lengua común y de dispositivos liberadores de las energías estéticas acumuladas.

El riesgo de *Calibán* es circunscribir la literatura a los torbellinos de las ideologías de la guerra fría y postular el fenómeno literario como una rémora de los conflictos políticos trasnacionales. No hay nada más riesgoso que deponer el carácter autónomo de la literatura para transformarla en una literatura ancilar, y empalmar los conflictos entre los actores y participantes de los campos literarios, con las cuitas de una revolución con más carisma que dosis estéticas.

Si algo hay que caminar con *Calibán* de Fernández Retamar es la ruta hacia otros senderos, bifurcaciones y sendas más primitivas y arcaicas, bosques y pasajes sembrados de dudas y de incertidumbres. Hoy los caminos siguen abiertos y los parajes se vislumbran con otra amplitud.

Calibán abrió espacios para desmontar los discursos ancilares, una vez que *Calibán* se rebeló contra su creador, y desprotegió a quienes estiman la literatura a partir de sus referentes internacionales. En la historia del pensamiento literario del continente, *Calibán* escogió participar para saldar aquellas cuentas y pasivos que redujeron a América Latina y al Caribe a productores de materias primas y de insumos básicos. Después de Retamar la exigencia para pensar en América Latina es enorme. Junto a Ángel Rama, a Mariátegui, a Henríquez Ureña y al propio Rodó, se ha desarrollado un *corpus* del pensamiento latinoamericano y del caribe cuya avanzada fue *Calibán*. Sin precipitarnos ni huir, los tiempos literarios esperan nuevos textos y narrativas capaces de romper las tendencias ancilares e instrumentalizadas de la literatura. Esto tardará mucho tiempo, porque fuimos expulsados de las transformaciones recursivas en las que la literatura es cruzada por distintas disciplinas, sin el compromiso de un rigor metodológico, sino por el *plus-placer* de un goce. El tropo del caníbal es el que devora un algo que puede ser otro cuerpo de la misma especie que la del caníbal. Así con la literatura, que solamente puede existir porque devora otros textos, tendencias y literaturas, para habitar una América macondiana, intertextual, barroca, desértica y cercana a la dialéctica de lectores que se abandonan a lecturas transformadoras.

*Mario Martell Contreras
Cronista y ensayista.

ADIÓS A UN POETA, A UN AMIGO, Víctor Rojas (1955-2022)

VÍCTOR BACA*

Uno, Historia sobre el poeta y sus trabajos

Charles Baudelaire decía que en la naturaleza, floreciente y rejuvenecida, siempre había algo de imprudente y tortuoso. Lo habían invitado a participar en un pequeño volumen sobre la naturaleza que organizaba Fernand Desnoyers y en una carta se preguntaba ¿Sobre qué habré de escribir? ¿Sobre los bosques, las grandes encinas, los insectos, y me imagino, el sol? Al parecer su negativa era una forma de plantear, no la anulación del tema sino la reconsideración de los espacios que el romanticismo había planteado desde tierras inglesas y germanas. Pero en el fondo tenía razón porque poco tiempo después las escuelas naturistas harían su aparición, con un trasfondo complicado pero no por ello despreciable. Tiempo después, tal vez Kafka comprendió que la literatura y sobre todo el hombre tenían un compromiso para establecer esa relación, pero ¿cómo? La respuesta no tardó en llegar con la creación de un magnifico y terrible bestiario que podemos entresacar de la obra del escritor checo. Una mañana Gregor Samsa despertaría convertido en un escarabajo, poco después el propio Borges emprendería su propia tarea pero sus creaciones maravillosas, que, por cierto, se desprendían de su imaginario y, en cierta manera, volvía a patentar la excusa del autor de las *Flores del mal*. Las analogías y correspondencias baudelarianas se imponían y en las letras solo imperaba para referirse a la naturaleza, esas claves.

En nuestra tradición poética poco o nada se ha hecho al respecto y tal vez si exceptuamos a Juan José Arreola o algunos versos sobre la naturaleza, tal vez de Tablada o José Emilio Pacheco, tampoco podemos decir que la tronante sentencia de Baudelaire haya dejado impávida a toda la tradición poética en nuestro país. Las posturas en lo general sobre la naturaleza se resignaron en cierta forma a establecer algunas analogías y correspondencias del fenómeno, pero no encuentro, espero que un sesudo académico las encuentre, sin referenciar por supuesto a Empédocles que, según el gran estagirita, Aristóteles, aunque escribiera en verso, solo lo reconocía como naturista y no como poeta, ni a las metamorfosis de Ovidio, o algunas obras que caminen sobre esos derroteros.

Pero ¿por qué hablar aquí de ciencias naturales y su relación con las expresiones poéticas? La respuesta es sencilla, recordar a un poeta, y éste, tal vez, desatendiendo o desafiando al vate francés, escribió un poema, sí, un poema sobre los insectos, una breve pero significativa plaqueta, que debo decir, a manera de reproche, que la crítica, la inexistente crítica poblana, tal vez no se haya dado cuenta, pero este poema publicado en 2003, como tantos otros poemas han pasado de noche injustamente e invoquen las ausencias notables y sensibles en estas mesas. Más aún, siguiendo la tradición poblana, tal vez aquella de sólo atender a los poetas que siguen la tradición de Liszt Arzubide, o la de aquéllos con el simple ánimo de participar en los escándalos de la vida literaria para hacerse notar o de la Bohemia poblana, nuestro poeta Víctor Rojas, nacido en Chalchicomula de Sesma, prefirió avocarse a un trabajo paciente de la orfebrería creativa o tomar su cámara que como se evidencia en *Insectos*, al depositar su mirada de forma semejante a la de un fotógrafo, paciente y minuciosa, con la intención de construir o plasmar algunos versos, que rehicieran la historia de la poesía poblana y por qué no decirlo de la tradición nacional.

Poco se ha hablado sobre el imperceptible movimiento que se generó al interior de la escuela de filosofía y letras en los años ochenta de la UAP, signadas, tal vez, por un par de revistas de *brevis vitae*, *márgenes* y *la infame turba* y la labor casi espectacular de la editorial de la BUAP, (hoy, hay que decirlo, en estado lastimoso), en las que el poeta Rojas participó activamente al lado de algunos de los poetas que sin duda hilvanaron la historia de la última poesía en el estado.

Lo que aconteció en aquellos años fue que los poetas de Puebla por fin encontraron sus voces, distantes entre sí, como en cualquier intentó emplazado por poetas, aunque después de una entrevista a uno que no era parte de ellos, con autoridad enfatizó solo algunos juicios que a decir verdad nada dicen ni ayudan a la comprensión de la poesía que se hace en la actualidad.

En el caso de Víctor Rojas y en específico de su poemario *Insectos*, al parecer el poeta que tenía publicado unos años antes su primer trabajo intitulado *Vigésimo octavo*, en alusión, quizás, a los años que él tenía cuando lo escribió, o a un enigmático febrero sin bisiesto, la verdad es que se nota un hombre que busca su voz no su decir que parece ya claro, pero al final es difícil pensar en ese poemario como algo más que eso. Tal vez en él encontremos cierta persistencia de un hombre que es un espectador y aunque no encuentra el instrumento que le habría de conducir por los senderos de la creación poeta, se percibe una intención fuerte de crear ciertas

Fotos: Víctor Rojas / Facebook

imágenes y metáforas que, a manera de ensayo, le servirían para trabajos posteriores.

El poeta nos describe, nos cuenta una historia de su visita, de su forma de enfrentar un jardín que por momentos puede ser un bosque con una casa, con ventanas y puertas, y nos describe porque quiere acercarse a la naturaleza con la que se siente fundido, no busca metáforas busca correspondencias, busca que lo que pasa por su mirada nos seduzca, nos presente una naturaleza vida y sabe que con su palabra, atrapada entre el versículos y algunos verso más inmediatos, los insectos, las plantas, las hojas, las aves o los escarabajos establezcan una correspondencia para que su poema, tal vez, en homenaje a la solicitud del entrañable amigo de Goethe, Johann Winckelmann exigiendo que su poema cumpla la misión de arte.

Su arma es su mirada en correspondencia con la mano que borronea y en cierta manera el poeta piensa en su función de elevar el paisaje a nivel de la expresión artistica, sabe que su voz ausente, más que su silencio, tienen la tarea de evocar y fundirse en la naturaleza.

Conforman ese libro, algunos poemas iniciales sin aparente unidad entre sí, un semanario incompleto a manera de diario y después le siguen algunos poemas numerados y salteados como si no encontrara en su actuar diario la materia que buscaba; por otra parte, como nos acontece a algunos, ciertas imágenes y estrategias poéticas aparecen a lo largo de su poemario como con un sentido autocrítico natural que le impide llevar a buen puerto este trabajo. Sin embargo, el poeta que mira de manera discreta y, tal vez, hasta un poco en silencio, el contorno que los rodea y limita, se da cuenta sobre la necesidad de establecer justo con algunos de sus comparsas una editorial que sirva como escape a los trabajos literarios que realizan los mismos que están empeñados en generar una estructura firme para el crecimiento de las letras poblanas. Así nació, creo yo, la editorial *LunaArena*. No es gratuito que varios de los más representativos poetas convocados, por la amistad por de medio, estén publicados ahí. Pimentel, Sarabia, Gerardo Lino, Víctor García, Alejandro Palma o Juan Carlos Canales están en sus colecciones *Serie mayor* o poetas de una palabra donde conviven algunos poetas nacionales e internacionales como Miguel Ángel Zapata, María Auxiliadora, Víctor Toledo, Josu Landa, Jaime Augusto Shelley o Roxana Elvridge, entre otros. El punto es claro nuestro poeta no solo se avocó a escribir sino tenía la preocupación de crear los canales por los cuales la poesía poblana encontrara su propio camino.

Dos, Otra historia sobre *Insectos* o la naturaleza y el arte

Para comprender la propuesta de este poemario hay que pensar desde muy lejos, para encontrar cómo se plantea, lo que no quiere decir que el poeta necesariamente conozca esos antecedentes, pues nuestro máximo poeta, Octavio Paz, decía con atingencia que no debemos olvidar que la poesía es la anticipación de la filosofía, y digo esto porque detrás del poemario en cuestión hay toda una discusión entre poesía y filosofía, poesía y naturaleza que desde hace casi doscientos años, ya se discutía entre esa portentosa generación de poetas filósofos, Schiller y Novalis o Hölderlin entre otros, en abierta discusión con Schelling o Goethe.

Víctor Rojas, nacido en Chalchicomula de Sesma, prefirió avocarse a un trabajo paciente de la orfebrería creativa o tomar su cámara (...)

En *Insectos* llama la atención que las imágenes que se despliegan a lo largo de este poema fragmentario o de largo aliento, como ahora le gusta llamar algunos, a los poemas de varias páginas. *Insectos* en realidad es un poema largo a dos voces, donde una y otra voz juegan a cambiar el papel como si el poeta fuera un observador de una calle llena de jardines y él observara de forma casi obsesiva a las plantas, aves y un escarabajo; y otra voz que es como si el poeta fuera ese escarabajo y reflexionara asimismo sobre el mismo paisaje que observa el poeta, es decir, es un desdoblamiento que no se percibe como tal, porque el poeta se apodera de ambas voces para contemplar a la vida natural que tiene ante sí y solo como si fuera un fotógrafo sin cámara, toma imágenes que convierte en metáforas o exclamaciones que va otorgando vida no solo al poema sino a la naturaleza misma. (Años más tarde, la cámara se convirtió en cómplice del poeta)

Esto es como si el arte que a él atraía, según una antigua expresión del filósofo Schelling, juegue el papel de poesía muda o enfrente él esa naturaleza y en lugar de que juegue ese papel pasivo, a través del lenguaje se erija como una naturaleza viviente y profundamente ligada a la actividad creativa, por eso exclama al observar a un colibrí:

Me gustaría tener un ejemplar entre las manos.
No muerto.
No.

En este poema que es el primero que antepone a su voz inicial puramente descriptiva que el poeta está consciente de otorgar esa vida a la naturaleza o también de imponer en su acto creativo la capacidad del demiurgo de negar la muerte, pues parece presentir que dar vida es mayor y más noble que dar muerte. Al llegar a este momento el poeta comienza con una voz que dará un sentido dramático al poema justo como Hölderlin clamaba. A partir de ahí el poeta se apodera de sus insectos y con este cambio de voces (que alternan con una única señal de poner en cursivas los responsos de la propia construcción), pues sabe que su descripción podría caer en la inmovilidad y se apresura a decir unas líneas o fragmentos más adelante,

Pero eso fue después, no aquí ni ahora.

La condición fragmentaria del poema se convierte en un instrumento eficiente y eficaz que responde a las necesidades, no tanto del poeta como del poema mismo, pues en su responso (así llamaremos a la voz en cursivas), el poeta al contemplar al escarabajo, sabe que este se despide y anota:

Miro alrededor. Solo restos y esta atmosfera de olvido que dejó el desastre. Tropiezo con un lento escarabajo. Sobre su cuerpo curvo leo un mensaje.
"Adiós". Me dice. Un "adiós" creo adivinar entre los parcos reflejos y la melancolía me invade.
Todo aire resulta indiferente.

Después nuestro poeta enfrentará, como intercambiando papeles entre el observador y el observado, sin que nos permita ver bien a bien quién es el poeta y quién es el escarabajo, en cierta forma a diferencia de los naturistas e inclusive del propio maestro de los escarabajos, en efecto, me refiero a Kafka. Víctor Rojas, entenderá que el papel de contemplación, de nuevo a la manera de los poetas románticos, que afirman que solo quien aprende a contemplar, puede enfrentar la naturaleza y aquí aparece un rasgo que aquellos hombres no imaginaron, pues la postura del poeta aquí no solo ignora, sino que ni siquiera percibe que en esta actividad casi religiosa se pude prescindir de la religión. (En su sepelio me enteré de su plenitud atea) El poeta en cambio se contenta con fundirse con lo natural, con su entrañable paisaje desafiando ahora incluso el íntimo sentido del templo que se halla en la contemplación, prescindiendo entonces del sentido religioso parece evocar la presencia de Alberto Caeiro, aquél heterónimo de Pessoa, el agnóstico que sabe que la poesía puede prescindir de dios y la naturaleza lo supera a cada paso. En paráfrasis podríamos decir, basta de metafísica "en donde está el escarabajo aunque sea con su textura entre mis dedos, está dios". Por supuesto que esto es falso y a Rojas no se le hubiera ocurrido ni siquiera la mención.

Pero el poeta sabe que está escribiendo sobre los insectos y su acto consciente no lo abandona porque de hacerlo abandonaría a la naturaleza, sabe que es la tinta la que cae sobre la página, sabe que:

Todo quedara reducido a esta mancha negra sobre la que vuelvo a escribir y escribir sobre la mancha negra.

Concluye el poeta.

Tres, Otra historia con imágenes y anécdotas

Poco después de que publicó este libro conocí a Víctor Rojas (circa 2005), a él, a Miraceti y a otros poetas, bueno algunos que me los presentaron como tales y ahora no puedo sostener mi afirmación ni de amistad ni muchos menos de lo segundo, sobre todo a aquéllos que se piensan poetas porque tienen publicados libros en versos, ni a los que sus trabajos deberían quedar como sus títulos, es decir inéditos, ni tampoco a los que ven como fin último la publicación de sus libros antes que pensar por lo menos si tiene algo que decir o si están bien escritos, pero, en fin, esa es otra historia, por ahora me interesa nuestro poeta.

Como continuación de su instrumento de contemplación desde hace algunos años se dedica a la fotografía, no resulta ocioso que algunas de éstas se dirijan a la naturaleza, aún recuerdo alguna sobre una mariposa que me evocó al poeta frente a su escarabajo de *Insectos*, y después sobre el cuerpo humano, preferentemente femenino, por supuesto, con pasión idéntica. (De esto hay ya bastante material no solo en el *facebook* sino en algunos libros que su discreción ha impedido alardear, como tampoco lo vi hacerlo como el editor que es ni mucho menos como poeta, algunas veces sus amigos teníamos que empujarlo, pero siempre su sencillez se impuso y le impidió mostrarse de cuerpo entero.) Por otra parte desde mi llegada a Puebla organicé con el poeta, tanto lecturas como encuentros de poetas, que en casi todas las veces de manera generosa él, tal vez no lo saben, pero sufragó los gastos con tal de realizar esta promoción a la poesía o el teatro, en 2014 me acompañó en el proyecto sobre los homenajes a Octavio Paz que concluyó con una antología sobre el Nobel mexicano.

Finalmente, quizá pocos sepan de su actividad como traductor, pero tuvo la beca estatal por su versión de algunos poemas de Mark Strand y si mi memoria no es infiel hace un tiempo lo pensaba sobre Yehuda Amijai, el gran poeta judío. (Nunca supe el destino de estos proyectos)

Concluyo y despido al poeta, fotógrafo, editor, animador y sobre todo amigo, Víctor Rojas. (1955-2022)

Foto: elerranteenlinea / Facebook

*Víctor Baca
Poeta y ensayista.

La Canalla LITERARIA
SUPLEMENTO DE hipócritalector

SUPLEMENTO LA CANALLA LITERARIA

MARIO MARTELL CONTRERAS
COORDINACIÓN DE SUPLEMENTO

HIPÓCRITA LECTOR

MARIO ALBERTO MEJÍA
DIRECTOR GENERAL
IGNACIO JUÁREZ GALINDO
DIRECTOR EDITORIAL
ISART GARCÍA CANO
OSCAR COTE PÉREZ
DISEÑO EDITORIAL
GERARDO TAPIA LATISNERE
DIRECTOR DE RELACIONES PÚBLICAS
BEATRIZ GÓMEZ
DIRECTORA ADMINISTRATIVA

Hipócrita Lector, diario de lunes a viernes.
Dirección: Monte Fuji 20, Fraccionamiento La Cima, Puebla. CP. 72197 Correo: atencion.hipocritalector@gmail.com
Editor responsable: Ignacio Juárez Galindo
Permisos Indautor, Licitud y Contenido: En trámite
Todos los materiales son responsabilidad exclusiva de quien los firma.